

REFLEXIONES ACERCA DE HUMANISMO Y CULTURA

por el Dr. Luis María Boffi Boggero

Señoras y señores:

Sean las primeras expresiones para agradecer en profundidad, ahora de modo público, mi designación como Miembro Honorario de la "Comisión Organizadora del Primer Congreso Nacional de la Cultura, en adhesión a Fundación de Buenos Aires"; asimismo, para traducir el íntimo reconocimiento por haberseme invitado a ocupar esta tribuna de jerarquía y ante los conceptos de mis distinguidos amigos, el Dr. Julio César Bonazzola y Enrique M. Palacio. Tales gestos de simpatía fraterna comprometen a un tiempo mi gratitud y mi responsabilidad. Permítaseme decir también a tan distinguida audiencia que he de manifestarme por escrito para ajustar la

palabra al tiempo que razonablemente debe en el acto de hoy asignársele.

Tiene un sentido más hondo que la exterioridad literal de la expresión el nombre del Congreso. Es que Buenos Aires ostenta, entre sus singulares caracteres signados por la historia, el de constituir un "crisol de razas", lo que bien armoniza con la cultura humanista desde que ésta encierra una esencia universal que no lastima las particularidades con que la vive cada uno de los complejos societarios; y de ese modo, en ocasiones a plena luz, a veces de manera casi impalpable, se produce un proceso de irradiación e intercambio entre la Capital de los argentinos y las ciudades hermanas de aquende y allende las fronteras de la Patria.

Diez son los propósitos enunciados por la Comisión Organizadora, que admiten se les sumen las finalidades implícitas, todo lo cual ha de consti-

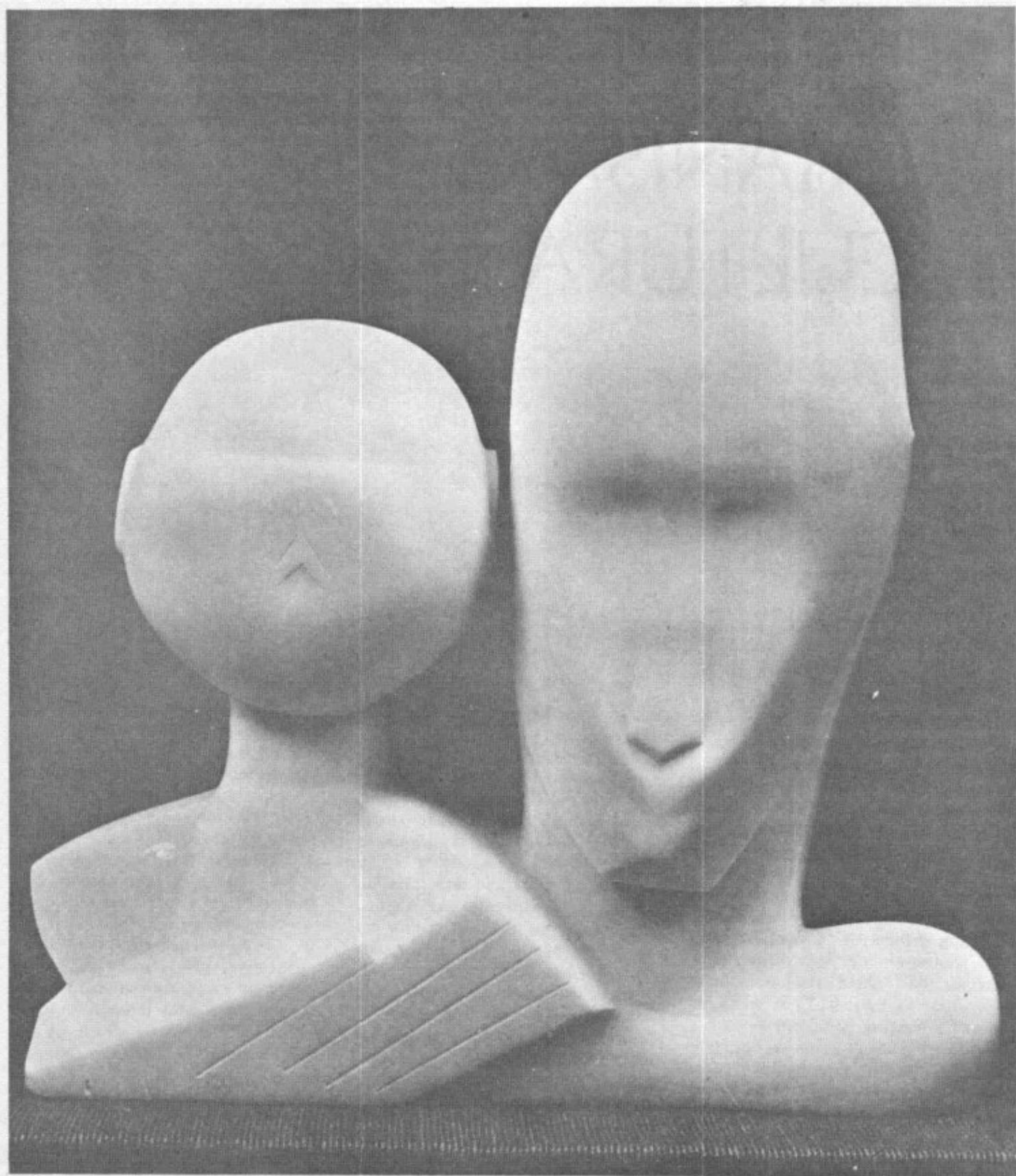
tuir inagrecible brújula en las confrontaciones de ideas y sentimientos que sin duda habrán de poblar, a través del contenido profundo y en la elegancia ática de la vestidura, el recinto que los cobije para bien, del acervo cultural.

El tema de hoy, sumamente dotado en intesidad y extensión, me obliga a expresar sólo ciertas reflexiones sobre algunos aspectos que conceptúo de urgente tratamiento.

Vivimos, señoras y señores, un momento de transición mundial que lleva ya muchos años y donde conviven los últimos latidos de soluciones que ya demostraron ineficacia intrínseca o agotamiento de su ciclo, con los anuncios de otras —borrosas todavía— y que, si por prejuicios de superioridad sobre el pasado, se apartasen de la luz que irradian generosamente los principios eternos, no sólo exhibirían un estancamiento de la cri-

*Disertación pronunciada por el Dr. Luis María Boffi Boggero el 18 de setiembre de 1980 invitado por el Primer Congreso Nacional de la Cultura.

Maternidad de Jacob Epstein.



sis sino que podrían sumir —y esto es lo más grave— en ese cúmulo de sombras que prohija inevitablemente la desorientación y el caos.

El tema hincra sus raíces, para decirlo de algún modo gráfico, en la cosmovisión de cada persona o de cada conjunto humano. Lo que en oportunidades aparece como una división de superficie, en la que se distraen o agotan energías inútilmente, entraña, mucho más allá y cual fundamento mediato, una diferente concepción del mundo que señala el cauce a las demás separaciones o a los desencuentros. Ya el hecho de que se hubiera visto la crisis actual como una de las disciplinas metafísicas ha significado en alguna buena medida poner el acento, llamar la atención acerca del triunfo indebido de la contundencia sonora, la eficiencia puramente práctica sobre la vigencia espiritual. ¿Tendrá ello remedio adecuado? ¿El mundo de los ideales será visto como pura fantasía en medio de las burlas brotadas de campos contrarios? Más allá de la corteza de los hechos, de cuanto indica su epidermis, ¿hay o no realidades valiosas que deben computarse? A estas y otras preguntas afines nos atrevemos a responder reafirmando los valores trascendentes porque muchos tenemos fe en que la marcha de la humanidad, difícil, a veces lenta, contradictoria, difusa y con buena dosis momentánea de pequeñez, reencuentre la senda a la que tantos halagos adeuda.

Lo grave —y el disimularlo no contribuye precisamente a la solución adecuada— es que vemos un enfrentamiento de las referidas cosmovisiones, a veces opuestas y no sólo diferentes, algunas de las cuales admiten como única posibilidad de triunfo la destrucción violenta de las extrañas a sus designios; fenómeno, por otra parte, más que explicable en un momento histórico que coloca al ser humano físicamente en la luna sin satisfacer los imperativos irrenunciables de una paz justa en la tierra.

En el aludido enfrentamiento participan las visiones "Teocéntricas" y "Antropocéntricas", las doctrinas espiritualistas y las que exaltan la materia, todo lo cual se proyecta en conceptos de estratos menores pero importantísimos acerca del Estado, su "naturaleza", la finalidad que persi-

gue, los sistemas de gobierno, etc., y la consecuente relación con los fundamentales derechos del individuo.

Frente a todo ello, diré esquemáticamente que mi cosmovisión alienta el respeto a la persona humana de todas las latitudes, como miembro de la gran familia universal, y procura obtener en el campo de la cultura la cristalización de los valores espirituales como cima mediante el camino siempre enaltecedor de la persuasión. Hoy se hallan subvertidas las nobles escalas axiológicas. La técnica, de dimensión impresionante, no se ubica al servicio de la cultura y por ello la humanidad asiste a su más que posible destrucción material en manos de instrumentos tomados de la noble ciencia y dirigidos en contra de su debida utilización. El ejemplo de la energía atómica es por demás elocuente. Los descubrimientos magníficos, cierto es, pueden emplearse para el exterminio, pero también a los efectos de su constructiva utilización pacífica. Mas muchas veces el afán mezquino, egoísta, atraído por lo sensual e inmediato, hace perder de vista lo que vive en el nivel trascendente. El sentido hedonístico deja en olvido la fuerza moral.

He definido mi posición en reiteradas oportunidades. El ser humano es una inmanencia que busca trascenderse en libertad responsable o creadora. No constituye, va de suyo, un elemento parcial. En su compleja estructura viven planos diferentes que deben integrarse con armonía jerárquica para el desarrollo de su personalidad. Tiene una conformación vegetativa o fisiológica que muestra lo inconsciente y material que caracteriza, dicho de manera genérica, la vida de las plantas. Ofrece asimismo una faz sensitiva, con vida consciente, que pende de los órganos materiales, propia de la faz animal. Pero ostenta como decisiva peculiaridad, y por encima de esos importantes niveles, una vida del espíritu donde la personalidad se eleva sobre sí en un vuelo admirable, captando con la inteligencia cuanto tiene de inmanente y su relación con la trascendencia, y decidiéndose merced a la voluntad para ascender en pos de los valores más altos mediante una progresión dignificante. Posee, así, comprensión de su ser en todos los planos mencionados y del necesario orden jerárquico entre ellos

y, aún cuando reconoce los límites de la relatividad humana, abriga tal suerte de posibilidades que todo intento por reducirlas en aras de lo inmediato resulta desnaturalizante y, va de suyo, frustratorio de la vida misma.

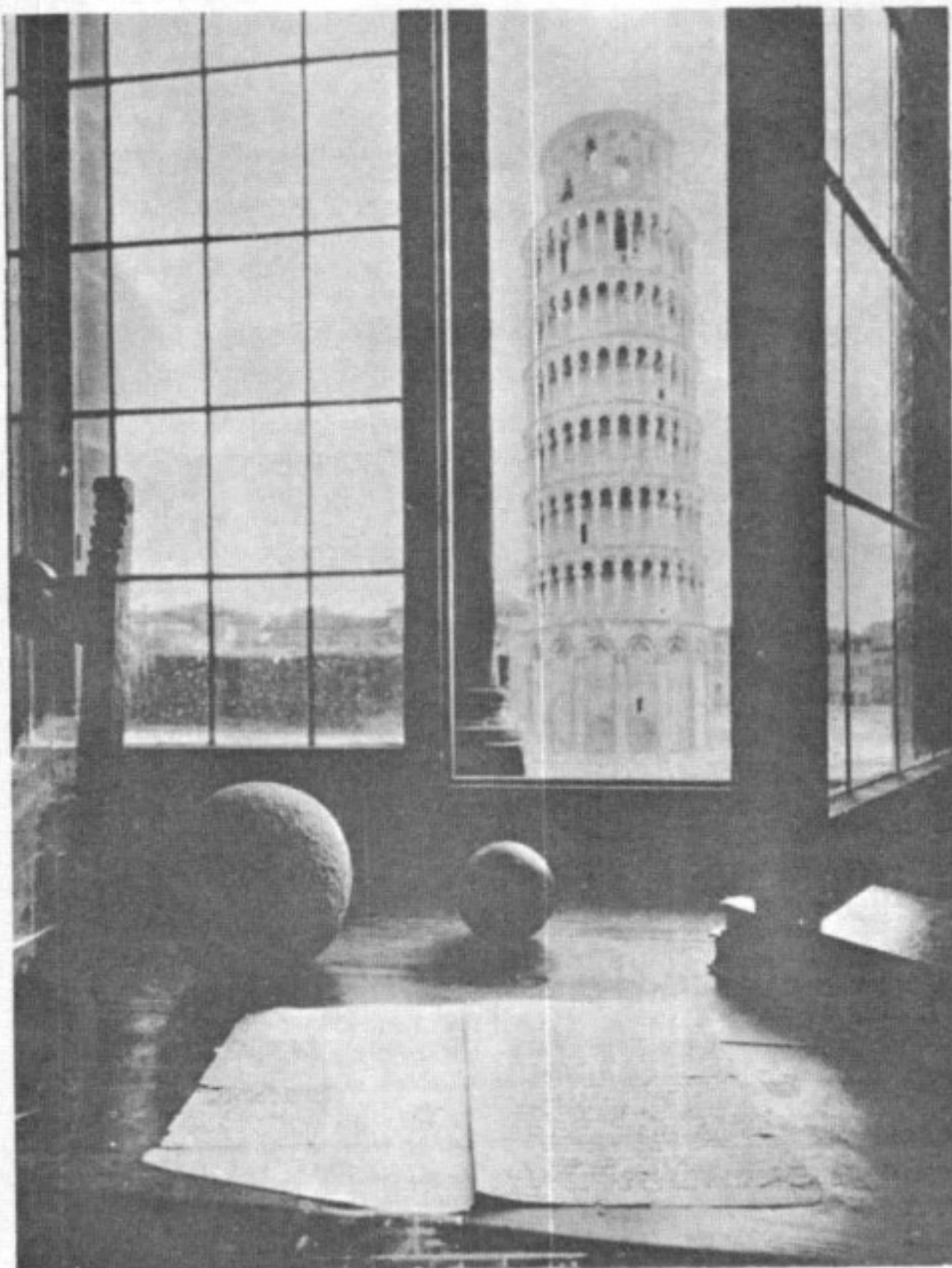
Por ello debe exaltarse a los valores pasando por los anteriores, porque todos contribuyen al desarrollo integral de la personalidad. En esa dirección se hace cultura, buscándose el bien, la belleza, la verdad a través de escogidos medios idóneos. Se cultiva la propia persona y se actúa en proyección sobre el mundo exterior. La vida espiritual, entonces, permite la posesión de elementos que obsequian utilidad y otros que le entregan belleza; y, más allá, replegándose en sí misma, autoriza el acceso a la bondad, así como, gravitando en el intelecto, abre las puertas a la sabiduría. Por desconocer todo esto muchísimos seres humanos sienten hoy un gran vacío y, como consecuencia, no hallan soluciones adecuadas a su drama. Recordemos el siempre actual pensamiento de Renán: "Se sirve al ideal haciendo el bien, descubriendo lo verdadero y realizando lo bello; pero a la cabeza de la humanidad marcha el hombre de bien, el hombre virtuoso. El segundo lugar pertenece al sabio, al filósofo. Después viene el hombre de lo bello, el artista".

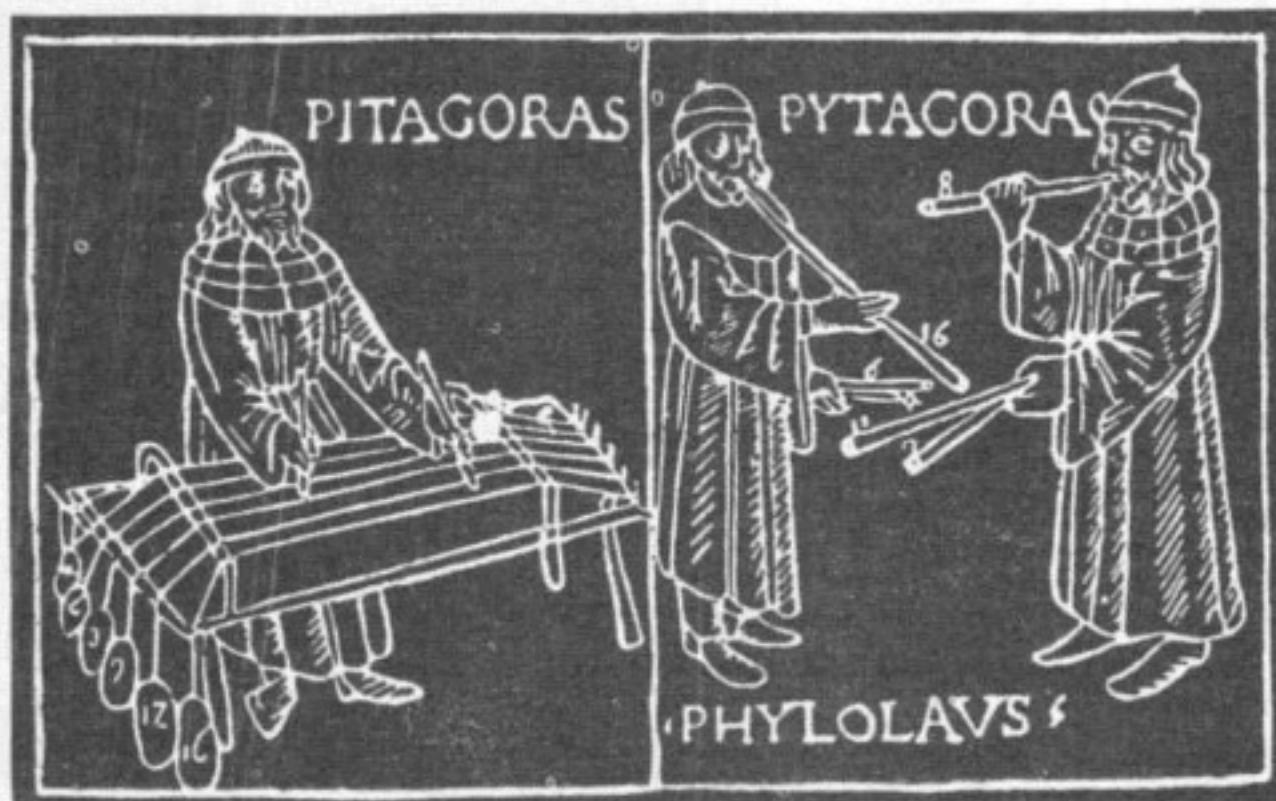
Se han mencionado muchas veces la "cultura" y las "culturas", así como se ha debatido alrededor de la ciencia, su función y sus alcances. Es tanto —y en ocasiones de gran densidad— lo escrito acerca de la cultura que resulta imposible siquiera detenerse específicamente en el tema a través de las palabras de hoy. ¿Es sinónimo de refinamiento? ¿Lo es de maneras de vivir? ¿Es la acción del ser humano sobre el ambiente? ¿Es, como quería Clyde Kluckhohn, "una manera de pensar, sentir y creer? Los interrogantes pueden prolongarse, pero a través de los matices que van descubriendo puede verse el común denominador de "cultivo" que el ser humano realiza en muy diferentes campos al obrar sobre sí y el mundo exterior, siguiendo en más o en menos, con grados diferentes en el acierto, la búsqueda incesante de lo que responda e ilumine sobre qué es, de dónde viene y hacia dónde se dirige. Pero ese fenómeno, de indiscuti-

ble alcance universal, ofrece especies diferenciadas que los factores locales han ido conformando al compás de sus propias necesidades. Y, penetrando todavía en más detalles del hecho social, se hallan conjuntos humanos que colocan acentos aún más particulares formando lo que suele denominarse una "subcultura". Nuestra institución, por ejemplo, destaca la cultura nacional —tantas veces señalada con direcciones diferentes— y la necesidad imperiosa de que todos los organismos dedicados a ese ámbito armonicen esfuerzos para evitar dispersiones que sólo conseguirían, a la postre, una sin el común y enaltecedor de la argentinidad. Lo que se persigue es, naturalmente, que el esfuerzo colectivo surja de instituciones con voz propia, vale decir, de entes dotados de una auténtica vida autónoma. Pero va mucho más allá. Como dijimos al comienzo, Buenos Aires tiene una gran función que desempeñar al respecto: enviando y recibiendo las influencias de los distintos centros vernáculos y foráneos. De ahí que, en su mejor despliegue, no habrá localismos estrechos sino puntos de partida para la obra solidaria.

En la actividad cultural hubo a veces dificultades emanadas de diversos campos. Uno de ellos, realmente peligroso por la importancia del sector, es el que fluye de ciertas actitudes asumidas por algunos científicos en todas las naciones.

La ciencia es, señoras y señores, un acercamiento a la verdad, algo dig-





no de los mayores elogios; pero, como queda dicho, no significa la obtención de la verdad misma. Bienvenida esa actividad intelectual que tantos beneficios ha traído y sigue aportando a la humanidad. Debe acrecerse de continuo, sin interrupciones. Pero quienes la cultivan deben ser conscientes de que ella necesita de la cultura general en la misma medida que la especie reclama imperiosamente el albergue seguro del género. No olvidemos que, como antes hemos dicho, la ciencia pura, sin una dirección impresa por valores que la excedan, puede llegar hasta el exterminio del ser humano que la formara. De ahí que deba clamarse con caracteres de urgencia por la formación del individuo con cultura en el más elevado despliegue posible para, asentando en esa base sólida, constituir el técnico que pondrá sus conocimientos al servicio y no en contra de sus semejantes. El fenómeno del especialista sin humanismo es tan elocuente que no se necesitan muchas alegaciones para demostrar la necesidad señalada. Una cosa es, señoras y señores, delimitar campos para concentrar eficazmente los esfuerzos y evitar así su inútil dispersión; y una muy otra constituye el considerar esos límites como vallas a su expansión cultural. Cuando esto último acaece, ni siquiera se puede ser un buen especialista.

Hemos sostenido siempre: la ciencia lo mismo debe decirse con respecto

a toda actividad humana— ha de apoyarse en dos pilares fundamentales: la humildad y el sentido solidario.

Ambos cimientos se nutren de principios superiores, pero en el orden más inmediato y práctico responden: la primera, a la conocida relatividad de la ciencia que vive en permanente proceso de revisión con respecto a sus conclusiones; el segundo, al hecho de que las conquistas científicas entrañan una labor de conjunto donde cada investigador aporta su cuota para servir al mencionado acercamiento a la verdad.

Los conceptos anteriores forman algo así como un índice que se dirige a la educación y a la enseñanza, nacidas de la cultura y orientadas a enriquecerla. Noble, nobilísima actividad es ésta que, si responde a una cosmovisión adecuada, puede contribuir poderosamente a formar culturas individuales o colectivas. Tema crucial, porque frente a él no caben la indiferencia de un neutralismo aparente que dejaría el campo a la destrucción, ni una actitud que redujera la materia al instrumental técnico, sin brújula superior, con la seciente deshumanización del propio ser humano. Es que no existen una educación o una enseñanza asepticas. Como bien se ha dicho, detrás de cada sistema o método en la materia tenemos una imagen de ese ser humano que se desea formar, la cual en última instancia —y transcribo el pensamiento— “es una filosofía o

teología del hombre”. Véanse, si no, las pautas y los programas de las distintas cosmovisiones. Compárense los textos del Concilio Vaticano II; las corrientes “pragmáticas”, “experimentales” o del “instrumentalismo” defendidas por Dewey y, con diferencias a veces acusadas, por Ernest Carroll Moore y tantos otros; el llamado “historicismo” de Dilthey; la política educativa de la U.R.S.S.; etcétera, y se ha de constatar la profunda verdad que encierra la afirmación. He fijado mi punto de vista pedagógico en tan numerosas oportunidades que cubren en lo formal los casi treinta y ocho años de docencia universitaria. Para recordar una sola de ellas, reiteraré estos conceptos: “El ser humano... es una inmanencia que busca trascenderse en pro de los valores más elevados. Así da sentido a su vida y fundamento a su conducta. Visto íntegramente en sus aptitudes espirituales y “las que entrañan la materia en sus fines mediatos” y los más próximos, “el ser humano es artífice de la historia dentro de sus limitadas posibilidades de ente imperfecto mas perfectible, realiza la cultura y lo hace en el nivel de la Teología”, las disciplinas filosóficas, “la Ciencia, el Arte” y, aludiendo al sistema de la Cátedra Integral, dije que él “vio... al ser humano en toda su dimensión y le invitó a participar activamente del esfuerzo creador...”

Un modo de robustecer la posición



Tablilla con caracteres sumerios.

humanista que traducen las expresiones anteriores le constituye el recordar cómo surgieron las Universidades propiamente dichas. Es cierto que si por esas altas casas de estudios se entiende sin más cualquier centro superior de cultura, entonces puede afirmarse, aunque muchas veces mostrando ejemplos embrionarios, que hubo Universidades en todos los períodos de la historia. Pero si por Universidad entendemos una institución que responda a la voz latina "Universitatis", debemos reconocer que el advenimiento se ha producido en la Edad Media. La idea de universalidad, no por conducto de una yuxtaposición de elementos singulares sino mediante una auténtica simbiosis que viva el género a través de la armonía recíproca de las especies, no se logra sin una decantación que, aun cuando anunciada por ejemplos bien elocuentes —en todo caso, precursores—, requiere un clima propicio para realizarse en plenitud.

¿Quién no recuerda la Biblioteca de Pérgamo, señora en el Asia Menor, poderoso centro de helenismo? ¿Quién olvida el Museo de Alejandría, una suerte de centro mundial en el Egipto legendario? Más desconocidas en la crónica se cuentan, empero, la Universidad de Karouyine, fundada durante el año 859 en Fez, Marrue-

cos, como "Mezquita" y "Universidad", y entre cuyos alumnos exhibe a quien llegara a ser S.S. el Papa San Silvestre; y la antigua Universidad del El Cairo, nacida en el año 988.

Pero, todavía, no estamos ante el origen concreto de la Universidad propiamente dicha. Faltaba a esos notables centros culturales y a otros un clima propicio para que el ansia de un organismo superior de enseñanza e investigación produjera el tan apetecido fruto.

Apartándonos de una polémica encendida, muchas veces siguiendo el compás de localismos estrechos, acerca de la fecha exacta en que aparecieron las primeras Universidades, dibujaré algunas rápidas expresiones sobre las causas que se suelen señalar para tan extraordinario evento cultural, así como he de extraer el ejemplo de la Universidad de París, para algunos la primera en el orden cronológico, pero para todos el más importante faro cultural de aquella época fecunda.

Se han mencionado como fuentes —y sin defecto de otros factores, verbigracia las traducciones de Grecia y del Islam— a las Ordenes Mendicantes, las Escuelas de Chartres y otras, las Cruzadas y las Corporaciones. Cada una de ellas, a veces por vías indirectas, ha contribuido a formar la atmósfera espiritual indispensable para que

el sentido universal y metafísico cristalizara en la Universidad.

Y así llegamos a la de París. Es producto notable de una elaboración paulatina, sin pausas. Se menciona en la crónica histórica la destacada participación del Capellán de San Luis, el teólogo francés Sorbon, lo que explicaría el nombre castellano "Sorbona" con que esa Universidad fuera distinguida. También ocupan su sitio figuras de relieve como Guillermo de Champeaux y Abelardo. Sus primeros Estatutos datan de alrededor de 1208. Sucede la elección del "Rector". El Breve de S.S. el Papa Inocencio III —graduado precisamente en la "Ciudad Luz"— confirmando potestad para designar Procurador ante la Corte Pontificia allá por el año 1211; la Bula "Parens Scientiarum", llamada "Carta Magna de la Universidad", suscrita por S.S. el Papa Gregorio IX en 1231; y otros acontecimientos, que omito por razones de tiempo, todos los cuales dejan instalada esta Universidad que tanta influencia ejerciera dentro y más allá de su recinto. Su impronta dista mucho de ofrecer la imagen de una escuela politécnica. El "currículum" estaba constituido por las "Siete Artes" o "Artes Liberales" —así lo tenían establecido las Escuelas precursoras— que ostentaban un "trivio" —gramática, retórica, lógi-

ca— y un "cuadrivio" —aritmética, geometría, música, astronomía—, pero

recordando que a mediados del siglo XIII funcionaban las Facultades de "Teología", "Derecho Canónico", "Medicina" y "Artes", aunque se ha consignado que la Universidad de París dejó de enseñar Derecho Canónico alrededor de 1219.

Esta idea de Universidad, oscurecida tantas veces en aras de especializaciones consideradas como islas que se niegan a ver el archipiélago, esa idea, insistimos, hace a la propia alma de lo que debe ser una "Casa de Estudios" que mereciera ese nombre; y donde no se la conserve o la rescate, la cultura superior transitará sin rumbo, carente de sentido, ayuna del aliento que sólo pueden darle las fuerzas espirituales en su búsqueda de la "Verdad" — así con mayúscula— a través de las "verdades" específicas. De ahí que muchas veces se vea en los más diversos países el acceso a los cargos de responsabilidad cultural de personas sin las aptitudes necesarias para ello. Fracturada la escala axiológica, lo valioso es desplazado inevitablemente por el signo contrario.

Para cristalizar el reencuentro de la Universidad con su sentido originario y esencial, naturalmente que con la debida adecuación a las necesidades actuales, son ciertas realizaciones impostergables, de las cuales sólo mencionaré algunas en las reflexiones de hoy.

Es indispensable dedicar toda la atención a la dignidad de la cátedra y su necesaria integración con profesores, egresados y alumnos. Mediante el eje irrenunciable de la clase "magistral" o "magisterial" y el armónico aditamento de otros medios pedagógicos se consigue apartar la Cátedra de una secuencia de disertaciones heladas o, en el otro extremo, de un empirismo disociante; y se la puebla con un dinamismo vital en que cabeza, corazón y mano actúan acompasadamente en una labor creadora.

Los conceptos anteriores requieren la distinción clara entre "profesor" y "maestro" por un lado y, a modo paralelo, de "alumno" y "discípulo" por el otro.

El "profesor" transmite los conocimientos y exhibe su título a través del diploma que lo acredita como tal; el segundo, con o sin esa titularidad, no sólo entrega datos ilustrativos, sino que despierta inquietudes para que el alumno pueda formar su propio juicio. Esa función, que bien puede llamarse un imperativo del alma, es más **formativa**, al paso que la del profesor se califica por los conocimientos que entrega. Paralelamente, el "alumno" ostenta una matrícula para mostrar su título. Pero cuando desea ser algo más, cuando siente en hondura el mensaje del "maestro", se transforma en un "discípulo", lo cual se observa a veces al margen de la titularidad administrativa. Ese integrante del proceso cultural va constituyendo no el eco más o menos lúcido de la voz del "maestro", sino la voz propia para incorporarla al concierto cultural de su medio y llegar en el momento adecuado a ser otro maestro en una ininterrumpida y dignificante serie de altísimos exponentes. De modo sensible, hay muchos profesores que no son maestros, se ven numerosos alumnos que no llegan a discípulos.

¿Y el egresado? Por lo común se desentiende lamentablemente de la Universidad. Su fin es la obtención del diploma que le habilita para ejercer la profesión que eligiera. Se desinteresa de la cultura general e inclusive de la ciencia particular que estudiara. Pero este lamentable fenómeno no debe cargarse exclusivamente en su cuenta personal. ¿Tuvo estímulos bastantes en todos los casos para no cortar sus vínculos con la Facultad? ¿Obtuvo de ella, además del mencionado título habilitante, instrumentos que lo elevaran a las apetencias superiores del ser humano, que incluso lo transforma en un mejor profesional? En términos generales, la respuesta es desafortunadamente negativa.

De ahí que señaláramos la necesidad imperiosa de integrar las Cátedras, para que pierdan el aspecto de cotos y se transformen en verdaderos hogares donde una mancomunación de esfuerzos, en que reine el más grande de los respetos recíprocos, permita vivir el fenómeno cultural. Quie-

nes han transitado por dicho sistema, sea como alumno o egresado, han visto despetar las mayores inquietudes, ora ampliando el horizonte profesional, ora accediendo a la investigación y la enseñanza.

Si bien lo que llevo expuesto se refiere primordialmente a la Universidad, sus conceptos esenciales son comunes a todos los niveles de la enseñanza o educación. Desde la mente casi virgen de la niñez —donde las ideas se graban como sobre una página en blanco— hasta quienes realizan estudios superiores, todos, han de recibir la concepción de la unidad en el conocimiento para evitar que el saber acumulativo de tipo exclusivamente enciclopédico muestre verdades parciales y disociadas.

La familia y el Estado tienen mucho que ver con el problema en sus planos respectivos. La primera, maravillosa célula madre de la sociedad, merecería todo un capítulo especial y razones de tiempo me impiden analizarla en sus grandes posibilidades. Circunscribiéndome al Estado, diré que él no puede desentenderse de la educación, de la enseñanza. Alejandro Ruzo, aquel gran profesor de Finanzas cuyo libro sobre la materia se lee, a despecho del tiempo transcurrido, con el interés de las excelentes publicaciones contemporáneas, decía estas palabras cargadas de buen sentido: "Constituye el presupuesto, en su preparación, sanción y ejecución, el acto jurídico de carácter gubernativo de mayor trascendencia para la nación, después de la adopción de su constitución política". Me permitiría agregar que en sus expresiones numéricas, aparentemente frías, se va traduciendo, más allá de los propios guarismos, la escala de valores que preside las determinaciones oficiales. Cuando en un país se observan cifras importantes para dotar a la educación y a la enseñanza de sus recursos indispensables, es posible decir que hay, al menos en esta trascendental materia, una gran Nación, aunque sus edificios no sean importantes o imponentes ni sus exteriorizaciones dotadas de grandilocuencia. No digamos que los Estados fabrican genios o talentos, pero sí que pueden y deben facilitar el clima



necesario para que ellos broten de la entraña misma de la vida cultural. No siempre la escasez de recursos es un incentivo para el progreso. En numerosas oportunidades lleva a una paralización de esfuerzos y entonces, como acontece con las aguas, se busca el nivel adecuado en las Naciones que ofrecen las posibilidades negadas por la propia Patria. Medios importantes y modernos, como bibliotecas de primera calidad, instrumentales, la ayuda del libro quitando a su difusión las trabas que la impidan o debiliten, en fin, todos ellos y otros bien conocidos serán altamente beneficiosos para que el auténtico humanismo dé sus verdaderos y sazonados frutos.

Si la cultura es universal, como dijimos, con respecto de las culturas y "sub-culturas", los primeros pasos de nuestro Congreso deben ser locales para ser irradiados en progresión sucesiva hasta el orbe entero. Esta ha de ser la gran meta, aunque solamente lleguemos a apreciar los logros más inmediatos, coronando de momento —y no es necesario subrayar su importancia— las tentativas orgánicas de exhibir y acentuar la cultura en el

orden nacional. Así podremos articular etapas en una eficaz unidad armónica.

Ayudará mucho a tan peraltada actividad el apreciar las distintas dimensiones de la persona que, a través de lo que un geómetra mencionaría como "círculos concéntricos", va elevándose de las zonas más personales o egoístas hasta llegar, sin que ninguno de esos círculos quede afectado —antes bien, viviéndolos con autenticidad— a los niveles de "ser humano-mundo" o "ciudadano del orbe". Pero este tema requeriría, también, un examen incompatible con la extensión de las palabras de hoy.

Pensamos que el Primer Congreso, con las bases del auténtico humanismo que apenas hemos esbozado sobre todo poniendo de resalto los peligros, a veces encubiertos, que enfrenta, ha de facilitar la recuperación argentina por uno de los medios más altos. Para ello, y de acuerdo con el sistema federal proclamado por nuestra Constitución, se interesará vivamente en auscultar las diferencias entre cada Provincia y los muchos valores comunes que defienden por imperativos de su propia historia. De ese modo, se

dará la bienvenida a la mínima vibración cultural del rincón más apartado dentro del hogar común. Lo que es hoy elemento embrionario puede constituir mañana un logro de jerarquía. Necesita, como la semilla, el cuidado idóneo para ser un árbol.

Este pensamiento lleva de modo inexcusable a puntualizar que el Congreso no ha de constituir un cenáculo cerrado sino, a la inversa, un centro que, en contacto con la colectividad, arbitre los medios para que ésta disfrute los beneficios de la cultura. De ese modo contribuirá a iluminar el derrotero para las diversas actividades gubernamentales, en las que tanto debe gravitar la opinión pública.

El inexorable transcurso de los minutos me indica que debo poner fin a mis reflexiones de hoy. Muchas más han quedado para otras oportunidades.

Abrigo una inmensa fe en las fuerzas espirituales argentinas. Las personalidades que con justicia son exaltadas por la historia y las que todavía no cobraron suficiente publicidad, ofrecen un ejemplo notable para no decaer en los esfuerzos a fin de no

declinar en la porfía. La obra es compleja pero posible. Más, todavía, constituye un imperativo de la hora su realización. La generosidad de nuestro suelo —prácticamente dotado de las mejores calidades y recibiendo casi todos los climas— guarda armonía con la riqueza del alma nacional. Cada época tiene sus problemas. Los vi-

vieron quienes nos han precedido y hemos de afrontar ahora los nuestros. Las dificultades comunes de todos los tiempos no significan ausencia de las que son peculiares de cada una.

Señoras y Señores:

Si el período de transición a que he aludido —a veces con acento un tanto reiterativo— encuentra a la colectividad firmemente asentada en los más altos valores permanentes al realizar los otros —y ello sólo puede ser obra del humanismo auténtico—, se tendrán las mejores probabilidades de construir un país acorde con la íntima sensibilidad nacional. Y entonces, mostrando con orgullo legítimo una cultura argentina con vocación universalista, llegarán a niveles sublimes las hermosas palabras del preámbulo constitucional: "para nosotros, para nuestra posteridad y para todos los hombres que quieran habitar en el suelo argentino: invocando la protección de Dios, fuente de toda razón y justicia".

Prof. Dr. Luis María Boffi Boggero

Antecedentes Docentes

— Profesor Titular de "Derecho Civil" de "Derecho Constitucional", y del Seminario de "Derecho Constitucional" en la Carrera de Abogacía de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad del Salvador.

— Profesor Titular de "Derecho Público Profundizado", de "Teoría y Práctica de la Enseñanza" en el Doctorado de Jurisprudencia de la Facultad de Ciencias Jurídicas de la Universidad del Salvador.

— Profesor Extraordinario de "Derecho Civil" de la Universidad Católica de La Plata.

— Director de la Cátedra Extra — Curricular y Permanente "Rvdo. P. Francisco Suárez" de la Universidad del Salvador.

Antecedentes en Investigación Científica

— Cuenta con más de 200 publicaciones, entre ellas varios libros de texto: *Lecciones de Derecho Civil*, Buenos Aires 1955; *Tratado de las Obligaciones*, con 4 tomos publicados "Tres Centenarios de la Corte Suprema de Justicia", 1964; etc., el quinto por aparecer y el 6° en preparación.

Antecedentes de la Magistratura

— Juez de la Corte Suprema de Justicia de la Nación, desde el 12 de mayo de 1958 al 28 de junio de 1966, Alto Tribunal del que fue Juez Decano y al que llegó ascendido del cargo de Juez de la Cámara Nacional en lo Civil, que ejercía desde el 3 de Noviembre de 1955.

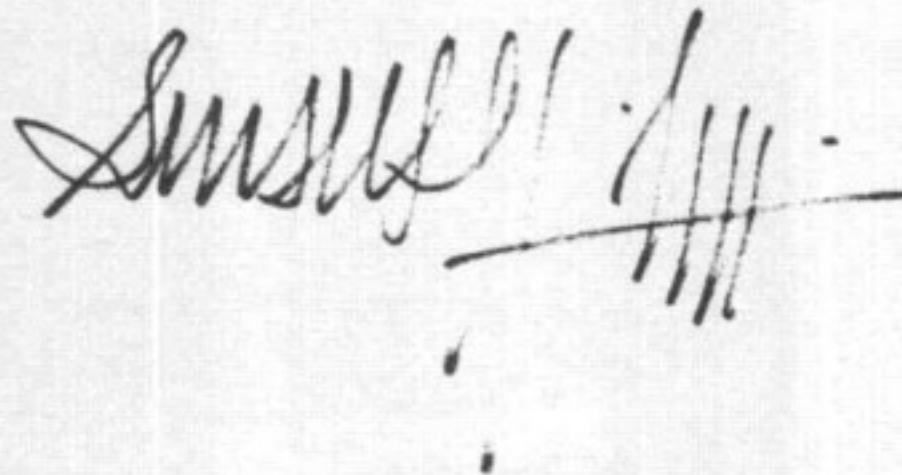
Antecedentes Académicos y Sociales

— Presidente de la Academia Argentina del Notariado en 1951.

— Delegado Argentino ante la Conferencia de la UNESCO, San Pablo, diciembre de 1955;

— Miembro Honorario del Centro de la Paz Mundial mediante el Derecho, con sede en Washington, D. C.; Primer Vice-Presidente de la Asociación Mundial de Magistrado y Presidente —hoy honorario— para las Américas, del citado centro de la Paz Mundial mediante el Derecho.

— Académico de la Academia de La Plata; Académico de la Academia Colombiana de Jurisprudencia; Presidente del Comité Argentino y del Comité Mundial pro Unificación del Derecho en la Obligaciones Civiles y Comerciales. Miembro Honorario del Instituto Argentino—Arabe de Cultura; Miembro del Consejo Directivo y de la Comisión de Cultura de la Asociación Argentina de Cultura Inglesa; Miembro del Serra Club de Buenos Aires; Tesorero de la Archivofrafía del Santísimo Sacramento de la Catedral Primada; Presidente de la Comisión de Reformar al Código Civil nombrada por el Poder Ejecutivo Nacional en 1960 y que integraban los Dres. Eduardo Busso y Pedro León; Presidente del Comité Mundial sobre las actividades legales de la OEA; Miembro del Comité Ejecutivo de la Asociación Mundial de los Profesores de Derecho, etc.





Nuestra Señora de Guadalupe, Patrona de Hispanoamérica.
